

BREVE GENEALOGÍA DE LA DESIGUALDAD URBANA

Luis Rodríguez Rivero
Belén Desmason Estrada
Luciana Gallardo Jara

LUIS RODRÍGUEZ RIVERO es arquitecto y urbanista. Doctor en Arquitectura y Planeamiento por la Universidad París-Saclay; magíster en Historia, Teoría y Crítica, y estudios de maestría en Planificación y Gestión Urbana y Regional en la Universidad Nacional de Ingeniería. Profesor principal de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Pontificia Universidad Católica del Perú, director del Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad (CIAC) de la PUCP, y miembro del Grupo de Investigación CONURB. Consultor en urbanismo, vivienda social y mejoramiento de barrios.

BELÉN DESMAISON ESTRADA es arquitecta urbanista. Docente investigadora de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Maestría en Diseño Urbano para el Desarrollo en University College London (Reino Unido). Doctorante en Geografía Humana en Durham University (Reino Unido). Investigadora en los proyectos KNOW, GRRIPP y CASA.

LUCIANA GALLARDO JARA es arquitecta titulada por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) con maestría en urbanismo para el desarrollo por la University College of London (UCL). Docente en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y asistente de Investigación en el Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad de la PUCP. Con experiencia en la ejecución de planes y proyectos de desarrollo que articulen los gobiernos locales y regionales con el gobierno central desde los Ministerios de Educación, Vivienda y Economía.

De la historia hemos heredado un urbanismo basado en la explotación. El urbanismo genuinamente humanizador está todavía por construir. David Harvey *Urbanismo y desigualdad social*, 1985

El presente número de la revista *Ensayo* reúne un conjunto de artículos que reflexionan y buscan interpretar –léase apropiarse– de un concepto que ha interpellado el desarrollo de la arquitectura y el urbanismo en las primeras décadas del siglo XX: la desigualdad. No es la primera vez que las disciplinas encargadas de la organización del espacio giran alrededor de lo social, pero, a diferencia de la perspectiva del siglo XX, el debate sobre la desigualdad ha logrado superar los límites del debate sobre la pobreza. Su relevancia es una consecuencia del contraste existente entre la persistencia de la pobreza, y la atención y el optimismo hacia la ciudad global y sus derivados en el urbanismo: el marketing urbano, la ciudad-marca, el urbanismo táctico, y otros temas, enfoques o conceptos recientes que consciente o inconscientemente han terminado por agrandar las brechas entre los que más tienen y los más vulnerables. La desigualdad, al ser un concepto relacional, tiene un mayor alcance epistémico para acercar a las ciudades al paradigma basado en la ciudad justa y equitativa, conceptos que se sustentan en la noción de equilibrio.

En un tiempo de polarización ideológica, corrupción generalizada y fragmentación extrema, la búsqueda de equilibrio puede resultar una apuesta por la sensatez clave, especialmente si no se entiende por equilibrio esa neutralidad anestésica a la que las acciones contemporáneas parecen conducir, sino la férrea voluntad de reestructurar las urbes bajo los principios de justicia, redistribución y derecho a la ciudad. A la creciente injusticia social se suma la crisis climática y ecológica. Estas no son situaciones que ocurren paralelamente, sino que son interdependientes; por ello, resulta indispensable incorporar nociones de sostenibilidad ambiental a la búsqueda del anhelado equilibrio.

Las siguientes líneas presentan la evolución de las ideas urbanas que dan lugar al concepto de desigualdad urbana, situando su aparición en dos contextos: de un lado, en el desarrollo de las ideas del urbanismo moderno en Europa y Norteamérica en el siglo XX, y, de otro, desde la experiencia y las ideas producidas en ciudades de otros contextos, especialmente América Latina. La presentación de ambas genealogías propone una interpelación implícita capaz de enriquecerse mutuamente, así como de contribuir al proceso de apropiación y producción de ideas, y a la generación de estrategias transformadoras necesarias desde situaciones geográficas y procesos urbanos específicos.

① BREVE GENEALOGÍA DE LA DESIGUALDAD URBANA

Como un anticipo del carácter interdisciplinario que el urbanismo desarrollaría desde mediados del siglo XX, el biólogo inglés Patrick Geddes produjo las primeras reflexiones sistemáticas de lo que podría llamarse *urbanismo moderno*¹. Ambos ensayos fueron producto de las observaciones que el autor realizó en sus viajes en Europa, e incluso en la India y Jerusalén; de sus observaciones en Edimburgo a través de la Torre Outlook²; de las exhibiciones que realizó desde finales del siglo XIX con el objetivo de introducir la necesidad de planificar las

1 El primero de ellos es *City development. A study of parks, gardens and culture-institutes*, de 1904; el segundo, *Cities in Evolution. An introduction to the town movement planning and to the study of civics*, de 1915.

2 Geddes crea un observatorio desde el que observa el comportamiento de los ciudadanos, entendiendo que el planeamiento de la ciudad dependerá de las dinámicas de la sociedad.

BREVE GENEALOGÍA DE LA DESIGUALDAD URBANA

ciudades; de los cursos que impartía en la Universidad de Edimburgo; y, finalmente, de los planes y proyectos que llevaba a cabo.

Si bien esta noción inaugural estaba impregnada del evolucionismo darwiniano que aún hoy domina el pensamiento moderno europeo, exponía ciertos principios que la tradición teórica urbana no continuó y que merecen resaltarse. El primero es la mirada ecológica, perdida prontamente al priorizarse la dimensión productiva y económica del habitar, visibilizada en la excesiva concentración sobre los usos, clasificación y valor del suelo urbano. En segundo lugar, a partir de su entendimiento del mundo desde la biología, Geddes entendía que los contextos eran determinantes y que no era posible trasladar conocimientos de uno a otro, de ahí la importancia metodológica que les daba a los viajes y a la aproximación histórica en cada lugar como línea de base para planificar. Finalmente, ya en sus primeros escritos, señala la importancia de la ciudad como generadora de prosperidad y como espacio para lograr la justicia, y de la planificación como actividad pedagógica para alcanzar dicho objetivo.

Esta primera aproximación a la equidad provendría de las analogías orgánicas usuales a finales del siglo XIX, en este caso del mundo de la biología, donde el equilibrio es un principio de vida, y también del rigor moral-religioso que Geddes compartía con Ruskin, Morris y otros intelectuales formados en la época victoriana, y que estaba dominado por una noción de justicia cristiana extrapolable a todos los aspectos de la vida humana. Sin embargo, la transformación del suelo en mercancía, inaugurada en la renovación del París de Haussmann, y la reconstrucción de Chicago consolidaron una perspectiva económico-espacial que se sistematizó hacia 1920 con los planteamientos del *zoning*, y habrían hecho parecer que las posturas de Geddes eran ingenuas e insuficientes para una adecuada gestión del suelo.

A esta aproximación Susan Fainstein la llamó *planificación tradicional* (Fainstein y Fainstein, 1971). Centrada en el desarrollo ordenado del medio ambiente, se asumía como una ciencia definida por parámetros y coeficientes que garantizaban la eficiencia, salubridad y orden del gobierno de la ciudad. Los planificadores se asumían –y eran asumidos– como técnicos imparciales que únicamente aplicaban fórmulas y ratios; dimensionaban parques, equipamientos, servicios, distancia entre edificios; y definían los parámetros de cada zona de la ciudad.

Sin embargo, paulatinamente se evidenció que la noción de orden no era tan neutra; por el contrario, era sostenida por dos suposiciones. Primero, el orden detrás de la zonificación buscaba mantener o incrementar el valor de las áreas pobladas por los sectores más acomodados, que siempre estaban mejor servidos en términos de áreas verdes, equipamientos, servicios e infraestructura. Segundo, el supuesto orden estaba inspirado en los usos y costumbres de los sectores medios y altos, con una mirada despectiva hacia las prácticas sociales de los sectores más pobres, percibidos como desordenados y sucios, lo que escondía un sesgo que se traducían en segregación espacial.

Desde fines de la década de 1950, el malestar de los sectores con menos recursos frente al permanente favorecimiento de las mismas áreas residenciales obligaría a un cambio de paradigma en la planificación de muchas ciudades,

mientras que en otras, como Lima, la planificación tecnocrática continúa siendo la predominante. Este malestar fue recogido por un grupo de sociólogos urbanos –cuya cabeza visible fue Jane Jacobs³– que criticaron duramente los procesos de planificación, y, en especial, las políticas urbanas de relocalización a conjuntos de vivienda en altura de gran densidad y la construcción de autopistas y otras infraestructuras viales en los barrios de ciudadanos afroamericanos. Se reclamó una *planificación orientada por el usuario*, quien conoce sus necesidades y posibilidades mejor, y sin los prejuicios de clase o raciales recurrentes de los técnicos y funcionarios municipales. La planificación se nutría de las reivindicaciones de lo popular, de la contracultura y de su espíritu democratizador. El usuario final debía ser la autoridad que aceptara o no el plan. «Las frases planificación democrática, planificación colaborativa y participación ciudadana en la planificación son a menudo usadas para describir el tipo de planificación» (Fainstein y Fainstein, 1971, p. 5). Este giro debía permitir que la planificación incorporara los deseos y demandas de los ciudadanos que habían estado al margen de las decisiones urbanas, y poner fin a esa planificación obsesionada con la zonificación que reproducía condiciones de vida muchas veces infrahumanas.

Los inicios de la década de 1980 estuvieron marcados por el giro neoliberal. El desmantelamiento del Estado trajo consigo el debilitamiento de todos los instrumentos con los que este regulaba la sociedad, entre ellos la planificación urbana. La planificación «incremental» –término empleado para justificar la pérdida de responsabilidad del Estado en sus obligaciones– asume la negociación como paradigma. El suelo es sujeto de transferencias de derechos, las inversiones de plusvalías y los derechos del individuo son puestos –no sin cierto maniqueísmo– en oposición a los derechos colectivos y de la sociedad. La crítica a la planificación desde el liberalismo por su supuesta voluntad de imponer una voluntad colectiva y abstracta a la sociedad vino de la mano del incremento de la importancia de la gobernanza como un nivel mayor de negociación, esta vez entre instancias del Gobierno y actores con representación.

Estas dicotomías entre norma y negociación están enraizadas en los modos de producir y administrar la ciudad en el mundo anglosajón, pero han traspasado las fronteras ideológicas. Muchos de los mecanismos y herramientas generados por el giro neoliberal han sido asumidos por lo que se ha denominado *advocacy planning* o planificación socialista, un enfoque que recogió la tradición del pensamiento socialista sobre la ciudad: Engels y la vivienda; Marx y las comunas; o la crítica a la ciudad como mercancía, retomada por los escritos del geógrafo David Harvey para quien «los modelos de circulación del plusvalor están cambiando, pero no alteran el hecho que las ciudades (...) están fundadas sobre la explotación de la mayoría por unos pocos (...) El urbanismo genuinamente humanizador está todavía por construir...» (1985, p. 330).

El debate urbano entre planificación incremental (neoliberal) y planificación reivindicativa empezó a ser superado en el umbral del siglo XXI cuando el economista indio Amartya Sen, ganador del Nobel en Economía en 1998, publicó

el libro *Desarrollo y libertad* (1999), que expone las limitaciones de la mirada sobre la pobreza centrada en los ingresos económicos y la falta de estos, llamando la atención sobre la diferencia entre desigualdad de renta y desigualdad económica. Esta advertencia dirige uno de los focos a la privación de capacidad y oportunidades, que es estructural a la condición de los sujetos, a diferencia de la renta que es circunstancial e instrumental. El segundo foco lo pone sobre «la relación entre la falta de capacidades que conlleva la falta de oportunidades [que] varía de unas comunidades a otras, e incluso de unas familias a otras y de unos individuos a otros (la influencia de la renta en las capacidades es contingente y condicional)» (Sen, 2000, p. 114).

Así, la falta de oportunidades de las mujeres en ciertos países como la India de Amartya no es comparable a la de los afroamericanos o a la de los miembros de las comunidades nativas en la Amazonía. La privación de oportunidades tiene un carácter mayor que los ingresos económicos que un individuo reciba; dependerá de cuán real sea la democracia, de cuánto se respete el derecho a la educación, a la salud, a la vivienda, o de la prosperidad general de una región del mundo en comparación con otra. El urbanismo no tardó mucho en asumir el reto de introducir el enfoque de desigualdades en su teoría, poniendo en evidencia cómo la ciudad puede ser tanto un espacio de prosperidad como un reproductor de desigualdades. A finales de la primera década del siglo XXI, la desigualdad urbana se ha consolidado como uno de los temas centrales para analizar la ciudad y pensar en su futuro.

② LA DESIGUALDAD URBANA DESDE EL HEMISFERIO SUR

Es lógico que el giro en la economía y luego en el urbanismo, desde un enfoque sobre la pobreza meramente monetaria a uno sistémico basado en las desigualdades, provenga de la India, uno de los países llamados hace pocas décadas del tercer mundo, esa parte del mundo que alguna vez fue colonizado económica y militarmente, y que hoy vive sujeto tecnológicamente a Europa y Norteamérica en una nueva versión de dependencia. Es lógico porque, en el proceso de convertirse en repúblicas independientes y articularse al sistema de producción global, han devenido en las sociedades más desiguales del mundo. Una de las razones es que la desigualdad marcada por el régimen colonial incluía siempre una privación de capacidades no prevista por Amartya Sen pero derivada de su análisis: la privación del derecho de pensar por sí mismo que todo régimen colonial impone y que suele perpetuarse en el momento poscolonial por diversas razones.

Si el urbanismo está formado por los «rastros de un gran conjunto de experiencias prácticas: las del continuo y consciente cambio del territorio y de la ciudad» (Secchi, 2014, p. 22), debe aceptarse que se trata de una disciplina con tantos años como la ciudad, es decir, más de diez mil. A contrapelo de esta larga trayectoria, la literatura especializada considera el urbanismo como el conjunto de conocimientos que comenzaron a sistematizarse a mediados del siglo XIX, a raíz del crecimiento de las ciudades europeas y luego norteamericanas. Las experiencias aportadas por las ciudades anteriores al siglo XIX son mencionadas como hechos en las ciudades pero no como parte del conocimiento urbano,

como si la construcción de esas ciudades no hubiese requerido un pensamiento, un proceso de prueba y error, y unas prácticas que fueron perfeccionándose con el tiempo.

La subvaloración de las ideas urbanas procedentes de otros tiempos y otras latitudes ha generado múltiples problemas en el siglo XX en las ciudades en todo el mundo, que, al alinearse con la experiencia y el pensamiento procedentes de una parte mínima del planeta, han sido incapaces de enfrentar los problemas específicos que sus territorios, sociedades y trayectorias exigían.

En Perú, podemos mencionar el caso de Caral, construida, ampliada y transformada entre el 3000 a. C. y el 1800 a. C. La arqueología evidencia un ejercicio de adaptación al territorio continuo, y la acumulación de saberes y prácticas tanto en lo ambiental e infraestructural, como en lo sociocultural, lo económico-productivo, lo simbólico, entre muchos otros aspectos. Caral soportó durante 2200 años los fenómenos de El Niño, los terremotos, las sequías y muchos eventos naturales propios de la costa peruana, que aún no encuentran lugar en el urbanismo contemporáneo.

La ausencia de ese cúmulo de conocimientos en lo que hoy se denomina urbanismo constituye una evidencia más de la violencia epistémica a la que los países del hemisferio sur se ven permanentemente enfrentados. Este desequilibrio en la construcción del conocimiento urbano permite, sin embargo, visibilizar nítidamente algunos de los principales retos que tiene la academia de las ciudades poscoloniales: por un lado, apropiarnos del conocimiento urbano en otras latitudes y situarlo en una realidad con características no solo distintas, sino, en la mayor parte de veces, opuestas a las de los territorios donde se construyeron; por otro lado, un reto de mayor complejidad, construir definiciones propias desde las que se pueda hablar de las ciudades de esta parte del mundo, repensando su futuro y las herramientas para proyectarlo.

Podría iniciarse esta revisión conceptual sumando a la polémica el origen de uno de los libros que construyó tempranamente un paradigma de igualdad, *Utopía*, de Tomás Moro, que recoge, según Aníbal Quijano y otros investigadores⁴, las noticias y comentarios sobre la naturaleza de las sociedades americanas antes de la llegada de los europeos. No es difícil imaginar la imposibilidad de la Europa de finales del siglo XV –sumergida en la pobreza casi generalizada, oscurantista por el predominio religioso medieval, insalubre y en permanente guerra entre los incipientes reinos y ducados feudales– de imaginar sociedades que solo se concebían desde los escritos religiosos como *La ciudad de Dios*, de San Agustín, asociados al paraíso y, por tanto, sobrenaturales. La imagen de América como un lugar sin hambre ni injusticias, con regímenes que velaban por el bienestar de los gobernados, con ciudades⁵ sin mendigos y revestidas de oro que nadie

4 Borges, Pedro (1995). La inspiración americana de la Utopía de Tomás Moro. Mar Oceana: Revista del Humanismo Español e Iberoamericano, 2, pp. 91-111.

BREVE GENEALOGÍA DE LA DESIGUALDAD URBANA

robaba, constituyó sin lugar a dudas la imagen de un horizonte de equidad retratado con la verosimilitud de la realidad.

Entre los siglos XVI y XIX, no faltaron los escritos desde las colonias en América y, más adelante, de África y Asia que denunciaban abusos y maltratos de los colonizadores en las ciudades; destacan la cartas de Guamán Poma de Ayala al emperador de España y la de Alfonso I, rey del Congo, al emperador de Portugal. A pesar de que la ciudad ya existía en algunas zonas donde se instauraron regímenes coloniales, esta fue una de las herramientas más poderosas durante la colonización, a la par de la religión (Romero, 2001), no solo porque millones de nativos fueron sometidos a trabajos forzados para levantar ciudades coloniales, sino también porque la propia ciudad constituía un sistema de simbolizaciones del poder colonial que engrandecían su poder real, sometían los valores y la cultura nativa, e inhibían los posibles intentos de insurrección.

El siglo XIX, durante el que la mayor parte de países de América logró su independencia, es un período paradójico. Lejos de plantearse la autonomía intelectual y política de las nuevas naciones, los debates estuvieron demarcados por los modelos de pensamiento y gobierno de Inglaterra y Francia, imperios que contribuyeron ciertamente a las campañas independentistas, y que sustituyeron en lo cultural y a través de empréstitos algunas de las lógicas de dependencia colonial. Las élites criollas, engrosadas por la migración europea, hicieron de las ciudades su territorio, y desde ahí invisibilizaron a la población nativa en Perú, Ecuador o Colombia, e incluso organizaron campañas de exterminio de nativos, como en Argentina, Chile y Brasil. En un mundo dominado por el racismo científico, la desigualdad debería eliminarse o bien «purificando la sangre» o bien a sangre y fuego.

El período entre el final del siglo XIX y los inicios del siglo XX estuvo marcado simultáneamente por el cerco cultural que constituyó esa muralla que expulsaba simbólicamente a quienes no escribían y hablaban correctamente el español, que eran migrantes indígenas analfabetos que se atrevían a llegar a esa ciudad letrada que instrumentalizó la cultura para invisibilizar su racismo (Rama, 2004), y por los proyectos urbanos y arquitectónicos que trasladaban las operaciones europeas –parisinas y londinenses de preferencia– a las capitales americanas. La desigualdad no se pensaba. La independencia nunca buscó una sociedad de ciudadanos con igualdad de oportunidades; buscó legitimar a los criollos como una élite con las mismas prerrogativas que la élite colonial.

Las celebraciones de los cien años de independencia obligan a un balance y toma de cuentas. Vasconcelos, González Prada, Freyre, Ingenieros y Mariátegui inauguran desde la crítica local un pensamiento latinoamericano colectivo e inconforme con el proyecto republicano, poniendo énfasis en la deuda con las mayorías mantenidas al margen de los beneficios que venían lográndose. Como acudiendo a ese llamado de despertar, a mediados de la década de 1930, las migraciones del campo a la ciudad empiezan a ser comunes, sea para expresar

5 No deja de llamar la atención el nombre de la ciudad principal de Utopía, Amaurota, tan cercano a la voz quechua amauta, «maestro».

descontento frente al abandono del Estado y los abusos de hacendados y contratistas, sea para buscar oportunidades de vida.

Este proceso fue en aumento en las ciudades de América Latina, preocupando al Estado y acaparando la atención de los especialistas, pero con visiones distintas. Entre 1945 y 1960, se dieron simultáneamente dos visiones contradictorias. La primera, estructuralista desde el urbanismo, consideraba que las barriadas, favelas o villas miseria eran consecuencia de una política nacional y regional centralista y desigual. Esta visión exigía cambios estructurales en las políticas nacionales a lo largo del territorio, que incluían el tema de la vivienda, pero no centraban su accionar en ella. La segunda mirada –construida especialmente desde la arquitectura e influenciada por la *Carta de Atenas* y los escritos de Le Corbusier– veía a las barriadas como un cáncer por extirpar a través de planes urbanos que planteaban grandes conjuntos de vivienda masiva como solución (Gorelik, 2022, p. 97). Esta doble mirada coexistiría en las políticas nacionales, en las políticas urbanas y de vivienda, en la literatura y en la idiosincrasia de la sociedad como dos mundos que parecían no tocarse. El rápido aumento de las zonas marginales en las ciudades y el consiguiente déficit de vivienda contrastaba con la modernización de los barrios centrales, donde se desarrollaban planes y proyectos urbanos. Así, comenzaban a percibirse cada vez con mayor claridad las diferencias entre ambos paisajes.

A partir de 1960, la expansión de la urbanización en Latinoamérica se entiende desde la perspectiva de la teoría de la dependencia no solo económica, sino también tecnológico-cultural, expresada tanto en las transformaciones del perfil urbano como en los cambios de rol de las ciudades y el territorio, y, además, en la transformación de las sociedades urbanas del sistema de ciudades (Quijano, 1977, p. 159). Para la teoría de la dependencia, los procesos de transformación de la sociedad deben ser comprendidos multidimensionalmente. Los lazos que la definen van desde lo económico-productivo y lo político, hasta lo cultural, pasando por una mirada poscolonial. Este será un antecedente para la formulación de las definiciones contemporáneas de desigualdad urbana.

Para Quijano se trata de una «urbanización de la economía», esta última estructurada desde la dependencia, cuyos mayores efectos se concentran en ciertas zonas, dependiendo de su mayor o menor articulación a los centros metropolitanos, dejando las otras áreas más desconectadas del mercado y del propio Estado. Por lo tanto, en América Latina no se trató de un proceso de industrialización basado en los requerimientos de cada país, sino de la participación en el mercado industrial existente desde roles comerciales y financieros. Esto fortaleció el papel de las grandes ciudades, cuyos procesos de expansión se aceleraron, mientras el campo, sin apoyo, facilidades, equipamiento, etc., carecía de incentivos para retener a su población, lo que produce un crecimiento urbano que sobrepasa su crecimiento económico (1977, p. 173).

El siglo XXI se caracteriza por el retorno a la ecología de Geddes debido al reconocimiento de que nos encontramos ante una crisis climática y ecológica sin precedentes. La desigualdad social viene acompañada de injusticia climática, pues el estilo de vida insostenible de unos pocos junto con el extractivismo desmesurado de recursos para el beneficio de unas minorías vienen ocasionando el

desequilibrio ecológico y climático. El término *antropoceno*, utilizado para describir la era en la que vivimos, responsabiliza a toda la humanidad de la degradación ambiental cuando esta, en realidad, se debe al estilo de vida insostenible de unos pocos –y al cual aspiran muchos tantos–, cuyos efectos golpean desproporcionadamente a poblaciones históricamente marginalizadas y vulnerabilizadas que contribuyen poco o nada a la degradación ambiental. La insostenibilidad a futuro de este sistema de acumulación infinita y lineal en un planeta finito y cíclico da sentido de urgencia a las transformaciones de los modos de vida, habitar y coexistir dominantes (Jon, 2021).

③ PROYECTO KNOW Y LIMAPOLIS 2021

El presente número forma parte de los resultados del Proyecto KNOW Lima, perteneciente a KNOW, Conocimiento en Acción para la Equidad Urbana⁶ del UCL, desarrollado en Freetown, Dar es Salaam, Kampala, la Asian Coalition for Housing Rights, La Habana y Lima –esta última a cargo de un equipo de la Unidad de Arquitectura de la PUCP– entre los años 2017 y 2022. En el tramo final del proyecto y paradójicamente al inicio de la pandemia de COVID, KNOW Lima estuvo a cargo de la organización del Workshop Internacional Limapolis 2020, titulado *Combatiendo la desigualdad urbana. Arquitectura, diseño y ciudad*.

Este número recoge artículos de los participantes del *workshop*; la diversidad de aspectos tratados expresa el tenor del Limapolis. La intención de los organizadores del evento y editores de este número, así como del propio Proyecto KNOW, es constituirse en un espacio de reflexión que articule teoría y práctica, academia y acción pública, y, desde ella, lograr algún impacto en la pedagogía y el quehacer arquitectónico y urbano. Abre el número y la discusión el artículo escrito por Luis Rodríguez Rivero, Daniel Ramírez Corzo y Belén Desmaison, miembros del equipo KNOW Lima, que, a partir de una relectura del proceso histórico de Lima Metropolitana, propone un modelo de interpretación de las desigualdades urbanas que integra sus diversas dimensiones, mostrando los desafíos que plantea combatirla y superarla.

Aletta se aproxima conceptualmente a la desigualdad desde el contexto europeo, estableciendo una relación con la estructura física del tejido urbano mediante el análisis histórico de los procesos de formación de las ciudades. Su estudio de movimientos sociales contemporáneos dará luces para establecer comunidades más igualitarias.

El presente número pretende un momento de reflexión presentando el manifiesto del arquitecto y activista indio PK Das. Desde su experiencia en su natal Bombay, inspira a fortalecer movimientos ciudadanos en la búsqueda de la democratización de los espacios y recursos públicos para unificar paisajes urbanos fragmentados y disfuncionales, impulsando estrategias ecológicas y sostenibles. Este manifiesto da paso a tres artículos que demuestran la descentralización de equipamientos como una solución ante la desigualdad.

Zeballos examina las estrategias de planificación urbana en la ciudad de Arequipa desde la era prehispánica, advirtiendo resultados de desmembramiento, fragmentación y marginalidad. Como respuesta, el estudio propone una alternativa de renovación urbana descentralizada mediante una red barrial.

Maccaglia, por su lado, analiza la desigualdad a través del acceso a educación e infraestructura educativa de calidad a nivel nacional. Examina el trabajo realizado desde la fundación Semillas, donde los proyectos arquitectónicos son promovidos desde un enfoque integral de desarrollo comunitario mediante procesos participativos.

El artículo de Nogales estudia los desplazamientos que tuvieron lugar a partir de la emergencia sanitaria del COVID desde la ciudad de Lima. Este hecho que demostró la incapacidad de la capital para garantizar la calidad de vida de los ciudadanos provoca girar la mirada a otros centros urbanos en el territorio, proponiendo un desarrollo de sistemas urbano-rurales.

En el segundo manifiesto presentado en esta edición, Labarthe ofrece una crítica a las transformaciones arquitectónicas realizadas bajo las lógicas de la caridad. Hace un llamado a los arquitectos para reformular su ejercicio profesional y convertirse en facilitadores que promuevan procesos interdisciplinarios y participativos para el desarrollo de la comunidad, a la par del desarrollo de su entorno. Le siguen a esta reflexión dos artículos que exploran proyectos arquitectónicos y urbanos realizados en Lima y Buenos Aires que buscan abordar la desigualdad bajo estas premisas.

Vera inicia cuestionando metodologías y procesos arquitectónicos que reproducen las desigualdades. Su estudio explora otras metodologías que comprenden la complejidad de la producción del espacio mediante el análisis de proyectos de regeneración urbana en la periferia de Lima. En estas experiencias, la arquitectura cuestiona las relaciones sociales y espaciales de desigualdad y provoca conflictos ciudadanos positivos para el ejercicio pleno del derecho a la ciudad.

Con una aproximación análoga, Jaime y Salvarredy estudian políticas públicas de mejoramiento barrial bajo términos de la producción de una ciudad justa y democrática de Lefebvre. Analizan un proyecto de mejoramiento barrial en la ciudad de Buenos Aires con un abordaje multidimensional para identificar el alcance y la seguridad del derecho a la ciudad.

Finalmente, la discusión se cierra con el artículo de Castán Broto, Osuteye, Ortiz, Lipietz, Johnson y Kombe. Este documento resalta la importancia de la coproducción de conocimientos para el proyecto KNOW. Sus recomendaciones ofrecen trayectorias transformadoras para la igualdad urbana que pueden ser referentes para proyectos arquitectónicos y urbanos, identificando limitaciones y desafíos clave, así como mecanismos para superarlos.

REFERENCIAS

- Berman, M. (1982). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Siglo XXI.
- Calderón, J. et al. (1990). *Las ideas urbanas en el Perú (1958-1989)*. CENCA.
- Fainstein, S. (2010). *The just city*. Cornell University Press.
- Fainstein, S. y Fainstein, N. (1971). City Planning and political values. *Urban Affairs Review*, 6(3), 341-362.
- Geddes, P. (1904). *City Development. A study of Parks, gardens, and culture institutes*. Saint George Press.
- Geddes, P. (1915). *Cities in evolution. An introduction to the town planning movement. And the study of civics*. Williams & Norgate.
- Gorelik, A. (2022). *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX*. Siglo XXI.
- Harvey, D. (1985). *Urbanismo y Desigualdad social*. Siglo XXI.
- Harvey, D. (2012). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Jon, I. (2021). *Cities in the Anthropocene: New Ecology and Urban Politics*. Pluto Press.
- Moro, T. (1984). *Utopía*. Espasa Calpe.
- Quijano, A. (1977). *Dependencia, urbanización y cambio social en Latinoamérica*. Mosca Azul.
- Rama, A. (2004). *La ciudad letrada*. Tajamar Editores.
- Romero, J.L. (2001). *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Siglo XXI.
- Secchi, B. (2014). *Primera Lección de Urbanismo*. FAU PUCP.
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Planeta.